

XXXV.

¡Virgen santa cuyo amparo
Guardó allá mi inútil vida,
Guarda en mi alma dolorida
Las semillas de tu fé:
Pues tu amparo á mí es t n claro
Mis coronas bajo él dejo:
Ya sin raza.... solo.... y viejo
 Para quién las guardar ?

XXXVI.

  LOS JÓVENES REDACTORES DE LA CRÓNICA MERCANTIL

DE VALLADOLID.

Vosotros los que flores y cantares
Me echais al paso al regresar   España,
Perdonadme la hiel de los pesares
Que hace muda mi voz, mi faz ura a.
Escusad que postrado en los altares
Conjure al g nio ruin que me acompaña:
Dejadme hablar, para calmar mi duelo
Antes que con vosotros con el cielo.

XXXVII.

Hermanos, que acatais mis piadosos
Votos, dejadme orar pues sois cristianos;
Pues españoles sois, sed generosos
Conmigo y tolerantes como hermanos.
Dejadme, trás veinte años azarosos,
Que alzando al sol de mi país las manos,
Vuelva de calma con afan profundo
El corazon á Dios, la espalda al mundo.

XXXVIII.

Esto que oso decir sé que es extraño;
Que puede apenas perdonarse sólo
Á la honda conviccion del desengaño:
Mas yo á mi fé mi vanidad inmolo.
Sé tambien que es encubridor amaño
Hoy tal vez la piedad y la fé un dolo;
Que al par que la ambicion á la fé adula
Con la fé la política especula.

XXXIX.

Mas mi fé no es hipócrita ni artera,
Ni á político bando pertenece,
Ni á sombra del favor medrar espera,
Ni adula á la opinion porque enriquece
La pluma. Creo en Dios con fé sincera,
Y me humillo al favor que me enaltece:
Y el que no créa que con fé lo digo,
Vuelva á la mar y á Méjico conmigo.

XL.

Venga conmigo al mar y en la crugiente
Nave que el agua con furor azota,
Y que arrebatá el huracan rugiente
Y que va ya desarbolada y rota,
Alzará como yo al Omnipotente
Con voz exáusta su oracion devota,
Pidiéndole no más con hondo anhelo
Un punto azul en el perdido cielo.

XLI.

Venga conmigo á la nacion que en guerra
Civil grita ha diez lustros ¡muera España!
Y en aquel pueblo y en aquella tierra
Que no producen mas que ódio y cizaña,
Al Dios se volverá que allí le encierra
En tál sentina de doblez y saña:
Y si le vuelve Dios libre á Castilla,
Ó apostató de Dios, ó se arrodilla.

XLII.

Vosotros que del vil materialismo
Guardado habeis vuestra alma castellana,
Y del frio é hipócrita egoismo
Que roen hoy la sociedad humana,
Que creéis en la fé que hay en mí mismo,
Que no dudais en mi humildad cristiana,
Sed mi mundo vosotros, sed mi escudo
Contra ese mundo ante quien paso mudo.

XLIII.

¡Oh hermanos míos! mi honra y mi esperanza
Encomendados dejo en vuestras manos;
Si mientras por las vegas del Arlanza
Voy mis deberes á cumplir cristianos,
De la calumnia ó el rencor me alcanza
Algún dardo traidor, rompedle, hermanos:
Y cuando muera, de mi fé en abono,
Decid á mi agresor que le perdono.

XLIV.

Á dar un adios último á Castilla
Voy en la inmensidad de mi tristeza.
Debo volver del mar á la otra orilla:
Si voy.... de no tornar tengo certeza.
Vosotros que sondais por qué se humilla
Coronada de flores mi cabeza,
Sancionad mi silencio con el mundo
Sin dar razon de mi pesar profundo.

Me cantan por do voy, y no respondo:
Me aplauden por do quier y paso mudo
Como un espectro que devuelve el fondo
De su tumba á la luz hosco y ceñudo:
Me buscan mis amigos y me escondo:
Me saludan las damas y el saludo
No devuelvo..... ¡velad por mi conciencia
Mientras cumplo hasta el fin mi penitencia!

MARZO 13.

Mis padres yacén aquí:
Antes de volver al mar,
Voy en su sepulcro á orar
Por si el mar me traga á mí.
Sin mí les cogió la muerte,
No escuché su último adios;
Quiero dejar de los dos
Recogido el polvo inerte.
Me dejaron al morir
Sin hacienda y sin hogar:
Y yo les quiero dejar
Un panteon en que dormir.
¡Con qué emocion, con qué afan
Por el cementerio adentro
Penetro!.... pero no encuentro
Sus sepulcros.... ¿dónde están?

Al guardian octojenario
Demando ¿qué ha sido de ellos?
Y me heriza los cabellos
Con un cuento funerario:

«Sus huesos ha removido
«Tántas veces mi azadon,
«Que Dios sólo en el monton
«Sabe ya cuyos han sido.»
—¡Rompiste sus tumbas!

Sí:

Tú padre me lo mandó.
—¡Éll!

—No sabes eso?

—No:

Cuéntamelo.—

—Escucha.

—Dí.

.....
.....
.....
.....
.....

XLVII.

.....
.....
¡Oh política maldita,
Cuya ciega fé insensata
El amor del padre mata
Y á los hijos se le quita!
¡Maldita sea en la tierra
La política opinion
Que echa á Dios del corazon
Y á los hijos se le cierra!

XLVIII.

Espíritu, que ya en calma
Duermes en la eternidad,
¡No veas la soledad
Que me has dejado en el alma!
Hé ahí lo que pido á Dios:
Que núnca ver te permita
La desventura infinita
Que has dejado de tí en pós.

Mucho erré en mi juventud:
Mucho errando te ofendí;
Mas.... ¡ni aún dejas para mí
Tu polvo en el atahud!

¡Tángo, padre, tu amargura
Te cegó el alma y los ojos,
Que me dejas tus enojos
Fuera de tu sepultura!

Bien hecho está lo que has hecho:
Yo me avengo á tál castigo.
¡Dios para hacer tál conmigo
Te acuerde cual yo derecho!

¡Sino fué de ambos fatal!
Condenados á él nacimos:
Y nunca nos comprendimos
Y el bien se nos tornó en mal.

Fama y oro para tí
Gané con fortuna rara....!
¡Y me volviste la cara
Cuando á ofrecértelos fui!

¡Tál ódio á la poesía!
Rechazaste hasta una losa

En que escribiera piadosa
Un epitafio la mia:

Y ella tu hacienda empeñada
Con sus versos ha pagado.
¡Pobres versos que has odiado!....
Por ellos no debes nada.

¡Yo soy quien los ódio ahora;
Pues por ellos he perdido
Esta vida que he vivido
Dia á dia, hora por hora!

Mis versos son un cordel
Que me aprieta el corazon:
¡Dios me echó la maldicion
De ahogar mi dicha con él!

Y por ellos me condena
Tal vez á dar honra y vida
Por una causa perdida
Empeñada en tierra agena.

Mas ¿qué importa ya el lugar
Ni el por qué pueda morir
El que no supo lograr
De su padre hacerse amar,

Ni con su padre vivir,
Ni sucederle en su hogar,
Ni sus huesos reunir
Bajo una cruz tumular
Donde ir por él á llorar
Y á Dios por él á pedir?
¡Maldita tál poesía
Causa de tál desventura!
¡Y que haya una criatura
Que áun tenga en algo la mia!
¡Que áun haya en la tierra un hombre
Que envidie como laureles
El talco y los oropelos
Con que empenachan mi nombre!
¡Vivas ruindades mezquinas!
Mi única venganza fuera
Coronaros si pudiera
Con mis coronas de espinas.
¡Jamás el alma os taladre
De la mia el duelo sumo!
Yo vago entre ruido y humo
Pária sin raza y sin padre.

Maldita sea la opinion
Pólitica por la cual
Ahogó el amor paternal
El mio en su corazon.

Jamás bando seguiré:
Mas si uno á seguir me obligan,
No será el de los que sigan
El que de mi padre fué.

Pobre padre! partidario
De la ingratitud moriste
Obcecado, pobre, triste
Y olvidado y solitario.

Y tu obcecacion fatal
Hizo tu opinion tan brava,
Que hasta privarme intentaba
Del cariño maternal.

Dios no te lo permitió:
Mi madre á Dios por su hijo
Pidió.... y lloró.... y me bendijo....
Y me amó y me perdonó.

Mi madre en mis manos deja,
Por tú no cuidarte de ellos,

De sus hermosos cabellos
Una perdida guedeja.

No lo supiste jamás,
Y es la única herencia mia.
No he preguntado hasta el día
Si habia de ella algo mas.

Lazo que siempre llevé
Sobre el corazon sujeto,
Ha sido santo amuleto
Que le dió esperanza y fé;

Y hoy dos que á mi madre amamos
Sus cabellos repartimos,
Y los dos la bendecimos,
Y los dos por tí rogamos:

Pero pidiéndole á Dios
Que á tu alma ver no permita
La desventura infinita
Que nos dejas de tí en pós.

Por mí, padre, bién has hecho:
Yo me avengo á tál castigo:
¡Dios para hacer tál conmigo
Te acuerde cual yo derecho!

Tu política tenaz
Te humilló y te empobreció:
En sus promesas falaz
Te abandonó y te olvidó:
De sentimiento incapaz
El corazon te secó:
Y en tédio amargo y voraz
Lejos de mí te mató.
La política mendaz
Fué la que te descarrió.
Espíritu, duerme en paz:
Contra tí... ni Dios, ni yo.

Mi poesía tenaz
Los plazos por tí cumplió:
En sus promesas veraz,
Del olvido te sacó:
De una inmensa fé capaz,
Mi cariño te guardó;
La política mendaz
Que no me contaminó
Á ser te arrastró, falaz,
Ciego sí, mal padre nó.

Espíritu, duerme en paz:
Erraste tú, pequé yo.

XLIX.

Dios que las conciencias vés,
Sé para mí padre ciego:
La pena de ambos te ruego
Que á mí en la tierra me dés.
Sirva á ambos de espiacion
La existencia solitaria
Que he llevado como un pária
De la civilizacion.

Dígnate en cuenta tomar
Que los versos que él maldijo
Son Sambenito que el hijo
Penitente ha de llevar.

Y que toma en cuenta ten
Por igual como favores
Los silvidos y las flores
Que por sus versos le den.

Y en cuenta ten que, en su afan,
Con esos versos malditos

Se ha de ir confesando á gritos
Y mendigando su pan.

¡Dios mio! aunque yo infeliz
Viva mucho, y mal acabe,
Yo solo de entrambos lave
Hasta el último deslíz.

Dáme de mi posicion
Conocimiento profundo,
Para no ser en el mundo
Fariseo ni bufon.

Dáme ¡Dios mio! humildad
Que en la eternidad me abone,
Y como tú me perdone
Mi padre en la eternidad.

L.

Villa en que heredar debí
Casa y fincas solariegas
Y que hasta el polvo me niegas
Del barro de quien nací;
¡Á Dios!—Pues ya para mí
No hay en tí lecho, ni hogar,

Que derecho á reposar
Vivo ni muerto me acuerde
En él,... ¡á Dios!... ¿qué se pierde
Con que me pierda en el mar?

LI.

Deja la tierra, corcel,
De este lugar trás de tí.
¡Hasta las piedras en él
Manan lágrimas y hiel
Y vergüenza para mí!

Corre, que ya esta carrera
Va á ser tal vez la postrera
En que tus lomos me dás:
Corre y dejemos atrás
Toda su comarca entera.

Corre; y de correr no ceses
Hasta dar en las campiñas
Y los valles Burgaleses:
Atropella por sus mieses,
Atraviesa por sus viñas.

Corre; ya veo á lo lejos
De sus cerros solitarios
Los ruinosos castillejos,
Y los gayos campanarios
De sus pardos lugarejos.

Ya entramos en su distrito:
Corcel, tu paso conten
Por aquí; que necesito
Buscar aquí un pueblecito
Que para mí es un eden.

Castilla, cuyos castillos
Hoy en escombros abruman
Tus débiles lugarcillos,
Y cuyas ruinas perfuman
Las sálvias y los tomillos:

Te llevé fotografiada
Por donde fui en mi memoria;
No he olvidado de tí nada:
Jornada sé por jornada
Toda tu tierra y tu historia.

Heme aquí en terreno amigo;
Conozco el rumbo que sigo
Palmo á palmo: sí, allí están
El hidalgo Villodrigo
Y el moro Villaquirán.

Allá Pampliega en el cerro
Que su alta nobleza abona,
Alzando una cruz de hierro
Dó llevó Wamba á un encierro
Su cabeza sin corona.

Aquí la vieja Celada
Á cuyos pies agua corre
Del Arlanza descauzada:
Y allá Torre la almenada,
Y allí Santiuste sin torre.

Allá detrás de una cuesta
Veo de Villaldemiro
La Iglesia en un cerro puesta:
Y de aquel pico en la cresta
Los restos de Muñó miro.

¿Quién así te maltrató
¡Oh Muñó! en ausencia mia,
Que tan pobre te dejó
De las piedras con que un dia
Torrëado te ví yo?

¡Pobre Muñó! á duras penas
Conozco ya tus cimientos:
Y tus torres con almenas
Y tus puentes con cadenas
Son ya un cuento de mis cuentos.

¡Pobre Muñó! todavía
Por tus recuerdos te adoro;
Y no está lejos el dia
En que halle mi poesia
En tus ruinas un tesoro.

¡Pobre Muñó! tú me distes
En mi juventud abrigo,
Y debo hoy que envejecistes
Probarte que en mí adquiristes
Entonces un buen amigo.

Solo te queda un cantar
Que recuerda tu fin triste:
Y yo sé cómo evocar
Á alguien que pueda contar
Á tu pesar lo que fuiste.

Pero.... ¡Adios!—No formes queja
Muñó, si adelante sigo
Entre Arroyo y Villavieja:
Que pararme no me deja
Un afan que vá conmigo.

Voy á buscar un lugar
En donde tengo un altar
En el que antes de morir
Quiero á mi angel tutelar
Evocar y bendecir.

Allí trás aquella loma
Al pié de una torrecilla
Blanca como una paloma,
Las pardas tejas asoma
De sus casas Quintanilla.

¡Bendito el pobre lugar
Donde mi Madre nació!
¡Bendito el modesto hogar
Donde la luz á mirar
Sus negros ojos abrió!

¡Bendito el aire que aliento
Inspirando en su pulmon,
La dió vital sentimiento
Con el primer movimiento
Que imprimió á su corazon!

¡Bendita sea la estancia
De esta casa oscura y fria,
Donde durmió en la ignorancia
Angelical de la infancia
El sueño del primer dial!

¡Bendita sea la campana
Con que tocó á su bautizo,
Y la fuente de que mana
El agua con que cristiana
El Sacerdote la hizo!

Madre á quien idolatré,
Y con quien nunca viví,
Y cuya vida amargué....
¡Porque tál mi sino fué....
Porque Dios lo quiso así!

Madre, de cuyo cariño
Tan pocos años gocé,
De quien me apartaron niño,
Y á quien, indócil lampiño,
Yo obcecado abandoné:

¡Con cuánto afan busco ahora
Cuánto dejaste trás tí!
¡Con cuánta fé mi alma adora
Cuánto imagino, Señora,
Que guarda algo tuyo aquí!

De estas llaves y aldabones
De ventanas y portones
Se aseguraron tus manos,
Y sobre estos escalones
Tus piecitos enanos.

Bajo este envigado techo
Sonó aquella voz tán suave
Que salia de tu pecho:
Que Dios para tí habia hecho,
Como el canto para el ave.

En este rincon tenias
Tu lecho casto y modesto:
Y aquí ante la luz ponias
El espejo en que veias
Tu faz, y tocado honesto.

Por estas calles pasaste,
Por estas eras corraste,
En esta iglesia rezaste....
¡Madre, por qué no me ahogaste
Cuando la vida me diste!

¿Por qué de la madre tierna
No pudo más el amor
Que la vanidad paterna,
De quien nos tuvo el rigor
En separacion eterna?

¿Por qué á estraños al fiar
Mi padre mi educacion,
Antes que á tu hijo soltar,
No te dejaste arrancar
Los brazos y el corazon?

¿Qué necesidad habia
De lanzarme al mundo vano,
Á mí que adorado habria
La ignorada medianía
Del labrador castellano?

¿Qué nos importaba en él
Con humos de alta nobleza
Salir á hacer un papel,
Si en la alma se torna hiel
El humo de la cabeza?

¡Aquí hubiéramos vivido,
Madre, los dos tán felices!
Nos hubieran mantenido
Tán bién sin gloria y sin ruido
Nuestros granos y raices!

Te hubiera aquí sin cesar,
Pues que tu solo hijo fui,
Dia y noche hasta espirar
Al calor de nuestro hogar
Tenido yo junto á mí.

Nadie hubiera de mí hablado,
Ni me hubieran aplaudido,
Ni me hubieran coronado,
Ni en su cámara sentado
Me hubieran reyes tenido....

Pero hubiera sido honrado,
Y feliz hubiera sido,
Viviendo siempre á tu lado
Por tí en tu hogar cobijado
Como el pichon en su nido.

Mejor que en tierras estrañas
En mesas de Emperadores
¡Oh madre de mis entrañas!
Comiera yo en sus cabañas
Pan tuyo con tus pastores;

Y cuando tus ojos Dios
Cerrado hubiera á la luz,
Al morir yo de tí en pós,
Bastara para los dos
Una tumba y una cruz.

¡Delirios!—Hácia la mar
Me arrastra ya mi deber.
¡Adios, villa!, Adios, hogar
Que á ella la visteis nacer
Y á mí venirla á llorar!

LII.

Virgen santa de Muñó,
Soledad de Quintanilla,
Á quienes mi madre y yo
Orábamos cuando aún no
Se hablaba de mí en Castilla,

Pues que ni vivió conmigo
Ni he de tener al morir
Con ella en la tumba abrigo,
Abreviadme ¡ay! el castigo
De mi vida porvenir.

Pues no me podeis volver
Ni á la oscuridad de ayer,
Ni á la calma de mi hogar,
Ni á la que en él me dió el sér....
¡Enviad tormentas al mar!

Que del buque en que á él me lance
Vaya un huracan en pós,
Y en él de mi muerte el trance
Tán sólo á saber alcance
El mar en que le hunda Dios!

